

muy incómodo que estaba adelante, con el grandísimo riesgo de la noche oscura y lluviosa: dispuso S. E. que el general Castrillon, con una sola compañía de infantería, fuese á descabezar el bayuco á mas de tres leguas con el cañon, para que pudiese continuar la marcha, y entónces seguimos sin éste inconveniente.

«Serian mas de las diez de la noche, cuando nos empezó á llover un fuerte aguacero, y perdidos, sin saber el camino que llevábamos, mandó S. E. que sobre su puesto cada individuo sufriese el agua y pasase el resto de la noche.

«El siguiente dia 18 al amanecer se reunió la division lo mejor que se pudo, y siguiendo nuestra marcha, se quedó cortado á distancia nuestra el cañon.

«Llegamos á New-Washington como á las doce de la mañana, y se surtió la tropa de harina, jabon, tabaco y otra porcion de víveres que allí se encontraron; además, me mandó S. E. que montara en uno de sus caballos y fuese con algunos dragones á conducir reses para la tropa, habiendo conseguido traer á poco tiempo mas de cien cabezas, del mucho ganado que abunda en aquel país.

«El Sr. Castrillon llegó á las 5 de la tarde con el cañon.

«El dia 19 mandó S. E. al capitan Barragan con una partida de dragones á que observasen los movimientos de Houston y permanecimos en aquel punto sin novedad particular.

«El dia 20, como á las ocho de la mañana, cuando todo estaba dispuesto para la marcha, despues de incendiado un magnífico almacén que estaba en el muelle y todas las casas, se presentó á todo correr el capitan Barragan, con la noticia de que Houston se hallaba á nuestra retaguardia muy inmediato, que sus tropas habian hecho prisioneros algunos soldados nuestros que se habian quedado atrás, les habian quitado las armas y los habian despachado.

«A la entrada del New-Washington hay un espeso bosque de media legua de largo, y el camino es un callejon muy estrecho, de manera que solo cabe en algunos pedasos una mula cargada ó dos hombres á caballo; este callejon lo tenia ocupado ya la guerrilla, el cordon de mulas que estaban en movimiento y el resto de la division; S. E. con su estado mayor se habia quedado aún en el pueblo; pero lo mismo fué oír el mensaje de Barragan, cuando montó á caballo y arrancó tan precipitado por el callejon dicho, que por estar lleno de tropa y mulas, no podia abrirse el paso con la violencia que deseaba; pero en fin, testereándose con este y derribando al otro, logró vencer la dificultad, gritando dezaforadamente; ¡ahí está el enemigo! ¡ahí está el enemigo! Esta voz tan repetida por el primer gefe, influyó tanto en acobardar á la tropa, que no habia en aquel momento un hombre en su color natural, y el resultado fué que nadie podia organizarse, y mas bien trataban de esconderse ó de huir, que de ponerse en estado de combate. Salimos al llano, y del modo mas inquieto y turbulento, con disposiciones agolpadas, y mil órdenes encontradas, se hubo de disponer la columna de ataque. En este momento me hizo S. E. el honor de encargarme exclusivamente del parque y la artillería, dándome verbalmente las órdenes convenientes, bajó la mas estrecha responsabilidad: en este estado, con los Sres. gefes y oficiales pié á tierra á las cabezas de sus cuerpos y compañías, marchamos en busca del enemigo, habiéndose avanzado guerrillas á derecha é izquierda para explorar particularmente los bosques. Como las mochilas podrian estorbar la maniobra del soldado, mandó S. E. que en la misma formacion en que veniamos, largase cada uno la suya, en la mitad del camino; así se hizo, y dejándolas á Dios y á dicha, continuamos la marcha. Serian las dos de la tarde, cuando avistamos las avanzadas de Houston, á la o-

rilla de un gran bosque donde ocultaba el grueso de su fuerza: nuestras guerrillas comenzaron inmediatamente á tirotearlos, ellos correspondieron, aunque siempre replegándose á dicho bosque: llegó S. E. con el resto de la fuerza, y entiendo que intentó atacarlos; pero como no desampararon el escondite, ni podia descubrirse cual era su posicion y prescindió; y solo dispuso que la compañía de Toluca los estuviera tiroteando, á la orilla del repetido bosque. El cañon nuestro, situado sobre una lomita, les rompió el fuego, á que correspondió el enemigo, habiendo sido herido gravemente el capitán Urriza, y muerto su caballo, por un metrallazo. En ese momento llegó S. E. donde yo estaba con el cañon, y me mandó descargar yo allí mismo el parque, y que las veinte mulas que lo conducian, se las entregase al capitán Barragan, para que fuese á buscar y traer las mochilas de la tropa, que quedaron tiradas en el camino. Yo, con precaucion, solo le entregué 18, y me reservé 2 para lo que pudiera ofrecerse. De allí se marchó S. E. á reconocer el terreno para acampar, y se situó toda la fuerza á la orilla de la laguna de San Jacinto, á una milla lo ménos de distancia de donde yo me quedé. Como una hora despues, me mandó orden con el coronel Bringas, para que con el parque y artillería me incorporase inmediatamente á nuestro campo; y llevaba la misma, para que la compañía de Toluca única fuerza que contenia al enemigo y sostenia la pieza, se retirase tambien. Yo le hice ver al Sr. Bringas que no podia ejecutar aquella orden con tanta violencia, porque S. E. sabia muy bien que el parque lo tenia tirado y apiñado en el suelo, sin mulas para levantarlo; y que si la compañía de Toluca se retiraba, era muy probable que el enemigo se echase sobre uno y otro, y se lo llevara todo el diablo; á esto me contestó dicho señor coronel, que hiciese lo que me pareciera, porque sabia muy bien que

á S. E. no se le podian hacer observaciones, y que no queria entrar en contestaciones con él, porque estaba furioso.

«En esto se marchó, y se llevó por fin la compañía de Toluca; se deja entender que en cuanto el enemigo vió que no quedaba un soldado en todo el contorno del campo, sino á mas de mil varas de distancia, dirigió toda su atencion al cañon y al parque, del mismo modo que yo lo habia indicado, así es, que situó su batería perfectamente, de modo que con sus fuegos, ó bien lo desmontaban, ó bien protegian á los que se echaban sobre él dirigiendo en seguida con tanto acierto, que con uno hicieron pedazos la cajuela del armon, con otro me desbarataron completamente dos cajones de parque, con el otro me mataron dos mulas preciosas del mismo tiro, y en fin otros mil que tuvimos que sufrir por el largo período ó intervalo de mas de dos horas que me demoré para conducir en solo dos mulas que tenia y en viajes repetidos, cuarenta y tantos cajones de parque. A qué expuso el general en jefe á toda la division? Confieso que en toda mi vida me ví mas comprometido. ¿A qué me expuso á mí S. E., si el enemigo se hubiera apoderado del parque y la artillería como debia haber sucedido, por lo distante que se hallaba el auxilio y que continuamente formaba pelotones su caballería con tal objeto? No me quedó otro recurso que defenderme con el mismo cañon, así es, que le dí orden al teniente Arrenal para que lo cargase á metralla, y que hiciera fuego hasta que el enemigo estuviera á quemá ropa, tanto para no malograr el tiro, como para imponerle. Por fin concluí la maniobra despues de las cinco y media de la tarde, y cuando llegué á nuestro campo con la última carga de parque y el cañon, seguia á mi retaguardia á corta distancia la caballería de los contrarios, lo que visto por S. E. me mandó que dijera al capitán de nuestra caballería, A-

guirre, que volviera caras al enemigo, pero sin avanzar terreno. Por un momento se contuvo el enemigo con esta operacion; pero á poco siguió sobre nuestros dragones, hasta llegar á la arma blanca, aunque sin fruto.....Entónces S. E. con el auxilio de varias compañías de infantería, en guerrilla, hizo retirar al enemigo á su campo, lo que verificó con la mayor torpeza y en desórden. Esto fué ya despues de metido el sol.

«El dia 21 á la madrugada se ocupó S. E. en mandar formar un reducto para colocar el cañon, compuesto de los aparejos de las mulas, cargas de galleta, equipajes, etc. extendiendo por nuestro frente y derecha un débil é inservible parapeto de ramajes.

«El punto que escogió S. E. para acampar fué á todas luces contra las reglas del arte; el militar ménos avisado habria elegido cualquier otro, ménos en el que acampó S. E.

«Al enemigo lo teniamos á tiro largo de cañon, metido en un bosque á nuestra derecha; nuestro frente, aunque llano, estaba dominado por el fuego del enemigo, que desde el bosque podia sostenerlo impunemente, quedándole por su costado derecho y por su espalda una buena retirada, pues que á nuestra division no le quedaba terreno en que maniobrar: á nuestra retaguardia quedaba un pequeño bosque que iba á morir á la orilla de la laguna, extendiéndose ésta por nuestra izquierda hasta New-Washington: ¿qué terreno nos quedaba para emprender una retirada en el caso de sufrir un descalabro? Con dolorosa experiencia digo que ninguno.

Yo le hice varias observaciones sobre el particular al general Castrillon, algunas horas antes de la accion, sin embargo de mis escasas luces; pero su contestacion fué decirme: «Amigo, ¿qué quiere vd. que yo haga? todo lo conozco; pero nada puedo remediar, porque vd. sabe que a-

quí no obra mas que el capricho, la arbitrariedad y la ignorancia de ese hombre» ..... Estas expresiones las dijo acalorado, y muy cerca de la tienda de S. E.

«A las nueve de la mañana llegó el general Cos con cerca de 500 hombres de auxilio; su arribo fué celebrado y aplaudido con dianas y demostraciones de júbilo: esta tropa se le hizo ver á S. E. que no habia dormido la noche anterior, y mandó que se desarmara, es decir, se quitara hasta la forniture y se acostara á dormir á pierna suelta dentro del bosque inmediato.

«Nada particular ocurrió ya hasta las cuatro y media de la tarde. En esta hora fatal hizo seña ó dió aviso el trompeta de nuestra derecha, de que el enemigo avanzaba sobre nosotros por aquel flanco: en este momento S. E. y su estado mayor dormian; la mayor parte de la tropa hacia lo mismo, algunos comian el rancho, y otros andaban dispersos buscando ramas para hacer sus baracas, de manera que nuestra línea se componia de pabellones de armas, nuestra caballería acababa de ir en pelo á dar agua á los caballos.

«Yo me subí á este tiempo sobre la gran trinchera que formaban los cajones de parque unos sobre otros, para ver mejor los movimientos del enemigo, y observé que su columna de ataque no era mas que una batalla muy prolongada en ala, que es decir, un solo hombre de frente ó de fondo; en el centro traian la gran bandera de Texas y dos cañones ligeros, perfectamente servidos, á los flancos; su caballería ocupaba nuestro frente y se extendia hasta nuestra izquierda.

«En esta forma, y en medio de una gritería espantosa, haciendo un fuego vivo á metralla, de fusil y de rifle, avanzaban decisivamente sobre nuestro campo. En este reinaba la mayor confusion, el general Castrillon gritaba por un lado, por otro daba órdenes el coronel Almonte,

unos que rompieran el fuego, otros que se agacharan para que no recibieran daño de la metralla, de estos era S. E. etc.

«Ya en este momento noté que algunos de nuestros soldados se habían separado de la línea, y en grupos, llenos de miedo, se parapetaban con los grandes árboles, y aunque yo obligué á muchos á entrar al combate, conocí que el mal no tenía remedio, porque muy en breve ví las masas de hombres en desorden huyendo despavoridos.

«El enemigo redoblaba los metrallazos, que erugian de una manera admirable sobre aquellos bosques; el susurro desagradable de sus grandes alaridos, lo escuchábamos ya muy cerca, pues como no encontró resistencia, llegó como un rayo á nuestro malhadado campo.

«Entonces ví á S. E. correr aturdido de uno á otro lado, restregándose las manos, sin acertar á tomar providencias; al general Castrillon tendido en el suelo, herido de una pierna; muerto al coronel Treviño; gravemente herido á dicho coronel D. Marcial Aguirre; y por fin, todavía ví llegar al enemigo al parque, donde mataron á un cabo y dos artilleros, que yo había puesto á rehacer los cartuchos que me desbarataron la noche del día anterior.

«Entonces, y cuando todo estaba perdido, corrí con un caballo en mano, que no pude montar por lo inquieto y desesperado que lo pusieron los tiros, y fui á incorporarme con la multitud de nuestros soldados, manteniendo la esperanza de que reuniéndonos podríamos aún defendernos, ó retirarnos á merced de la oscuridad de la noche, ó sacar el mejor partido posible; pero todo fué en vano, porque es sabido que una vez acobardado el soldado mexicano, difícilmente vuelve á rehacerse, sino es que esté muy acostumbrado á la guerra.

A la izquierda de nuestro campo, como á tiro de fusil y por la misma orilla de la laguna, hay un bosque, y á él

nos dirigimos la multitud derrotada, para ponernos á cubierto de la horrible matanza que venian haciendo por el Hano, los desnaturalizados usurpadores; pero desgraciadamente nos encontramos á la mitad del camino, un obstáculo difícil de superar. Este lo era un bayuco que formaba la misma laguna, que aunque no muy ancho, tenía bastante profundidad; y como al llegar aquí los hombres se amontonaban y se hacían bolas, sin decidirse pronto el partido que debían tomar, eran precisamente fusilados, porque al enemigo lo teníamos ya tan inmediato, que no desperdiciaba un tiro: pudiendo asegurarse que la mayor mortandad fué en este desgraciado recinto.

«Cuando ya llegaba, alcancé á ver al bizarro coronel Almonte en la mitad del bayuco, nadando con solo la mano izquierda y levantando la derecha, donde llevaba empuñado el sable.

«Antes dije que mi caballo lo llevaba de mano; pero en este crítico lance, pegué un salto sobre él, y en dos trancos me pasó del otro lado de dicho bayuco. A este noble y generoso animal tengo el sentimiento de haberlo dejado allí atascado, en el momento mismo en que me salvó, y en el de separarme de él, tal vez para siempre. Al tiempo de desmontarme sobre el fango, me metí en él casi hasta la cintura, que con mil trabajos asiéndome de las yerbas, hube de salir del atolladero; mas luego noté que los zapatos se me habían quedado encerrados en el lodo, no dudé buscarlos; pero en el momento acordé que si me empeñaba en sacarlos, la cosa urgía, y podían sacarme el alma de un riflazo, como ví que sucedió con multitud de desgraciados, de los que se hallaban junto á mí, por lo que, descalzo como me había quedado, corrí á meterme al bosque. Allí nos reunimos porción de oficiales que maquinalmente echamos andar sin rumbo, entregados á las mas serias y tristes reflexiones sobre nuestro trágico

y desgraciado suceso: todavía teníamos el recurso de reunir á nuestros soldados; pero fué imposible.

«La caballería enemiga sitió ó se rodeó del bosque, y los de infantería se internaron dentro de él, siguiéndonos de lo mas encarnizados y rabiosos; aquí fué donde mataron al coronel Batres, y hubieran acabado con todos si la Providencia no nos pone en manos del honrado y generoso capitán de caballería Hallen, que á gritos y á sombrerazos, como suele decirse, contuvo ó evitó mas de una vez, que nos hubieran sacrificado los borrachos y desenfrenados voluntarios.

«De allí nos condujeron á su campo, y como yo iba descalzo y el pasto estaba recién quemado, las puntas ó barritas del sacaton endurecidas por el fuego, eran unos barrenos que me taladraron por mil partes las plantas de los piés, de modo que no podía dar paso; pues sin embargo de eso, me dieron un buen culatazo, porque no andaba con la violencia que ellos querían.

«A los soldados heridos nuestros, que aquellos caribes encontraban en el tránsito, les metían las bayonetas unos, y despues venían otros y consumaban el sacrificio, disparándoles el fusil ó la pistola.

«No puedo pasar en silencio un acontecimiento que en estos momentos nos sucedió, el cual influyó mucho en mi espíritu, y creo que obraría el mismo efecto en el de mis compañeros: seríamos ciento y cincuenta hombres entre oficiales y tropa, los que reunió solo la partida de Hallen, y que en buena custodia nos conducían á su campo; los americanos, en medio de las hurras y la gloria de su triunfo, no dudo que nos dirían sendos insultos, pero como no los entendíamos, tampoco los sentíamos; mas no sucedió lo mismo con uno que en nuestro propio idioma (y paisano nuestro que había hecho causa con el enemigo) nos espetó una larga tempestad de amenazas, insultos y

desvergüenzas, de modo que la lengua de ese malvado y desnaturalizado mexicano, parecia forjada en las cavernas del abismo, y movido por el mismo Lucifer. «Ahora veis, nos decía, inícuos y pérfidos asesinos, si con vuestra sangre vil pagáis dentro de pocos momentos las muertes que hicisteis en el Alamo y la Bahía, ha llegado el instante, tales.....de que la justa causa que defendemos, triunfe de vosotros; con vuestras cabezas, pagareis los incendios, robos y perjuicios que nos habeis hecho en nuestro país, &c.» ¡Qué buena jaculatoria para unos hombres honrados, que en el fondo de su corazón sabían que habían obrado conforme con sus deberes, á la vez que desgraciados, abatidos y humillados hasta el extremo, porque el azar de la guerra así lo quiso, poniendo su vida á disposición de unos viles y bajos salteadores, que por lo mismo aguardaban con resignación el momento de ser sacrificados! ¿Pero es creíble que haya hombres tan perversos?

«Llegamos por fin al campo, nos hicieron sentar en el suelo, del mismo modo que habíamos venido; á la orilla de la laguna, muchos de ellos, particularmente Hallen, comenzaron á matarnos la sed que nos devoraba, con luengas y repetidas vacijas de agua, que corrían de mano en mano, hasta quedar todos satisfechos; despues se rodearon una multitud, y nos preguntaban con repetida impertinencia: «¿General Santa Anna? ¿general Cos?» Nosotros no sabíamos la suerte que habían corrido estos Señores; pero por quitarnos de tantas preguntas, les decíamos: «Se murió, se murió.» Yo conservaba aun, mis presillas bordadas puestas en la chaqueta, y esto les llamaba mucho la atención, y uno ahora, y otro despues, me preguntaban: «¿Tu general?» «No general,» yo les contestaba: hasta que uno de los tantos curiosos preguntones, me las arrancó con cólera; que yo me alegré, porque no